

MAX WEBER Y LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA

Humberto Schettino.
IIF-UNAM, México.

Al interior de la teoría y de la “ciencia” política contemporáneas, el debate sobre la democracia (sobre el contenido del concepto ‘democracia’), presenta todas las posiciones que se pueden tomar al respecto, desde aquellas que señalan que la democracia, o incluye la participación de todos los ciudadanos o no es democracia (como es el caso de los “participacionistas”), hasta las que, luego de la caída de “ilusión” socialista y la recurrencia de corrupción, escándalos y malos gobiernos, aún en regímenes democráticos estables y exitosos (como Francia y los Estados Unidos, por ejemplo), no atinan sino a producir una versión de la democracia, que no es más que un elenco de características tomadas directamente del funcionamiento de la misma en algunos países seleccionados a propósito. La confusión es tal que Giovanni Sartori abrió su libro sobre teorías de la democracia planteando una pregunta sencilla pero básica: ¿puede la democracia ser cualquier cosa? Para Sartori la respuesta evidente es que no, que a pesar de la diversidad de teorías sobre la democracia, es necesario darle un contenido preciso y relevante al concepto ‘democracia’. Resulta pertinente, entonces, repensar —una vez más— la democracia, tanto para evitar falsas esperanzas (como las de los “radicales” de todo tipo) como para afianzar las posibilidades que efectivamente ofrece esta complicada forma de gobierno, más allá de la simple (aunque sin duda necesaria) descripción empírica de sus características centrales y de su funcionamiento. Siguiendo las intenciones de Sartori, podemos reformular la pregunta de la siguiente manera: ¿cuáles son las condiciones y las características de una democracia posible en la modernidad?. Uno de los teóricos de la política que ofrece una de las respuestas tradicionalmente consideradas como más útiles y adecuadas —sin bien controvertidas— es Max Weber. En este trabajo plantearé la pregunta ante-

rior a los textos de Weber, tratando no sólo de obtener una respuesta acerca del contenido pertinente de la noción de ‘democracia contemporánea’, sino también de reconstruir la estructura argumental que permite a Weber obtener sus particulares conclusiones. Argumentaré, entonces, que {1} Weber presenta lo que para mucha gente es una versión limitada (si no es que totalmente corrupta) de la democracia, debido principalmente a su concepción realista de la política, {2} que el problema básico de su concepción de la democracia es la oposición entre gobierno de líderes y gobierno de burócratas y {3} que la suya es, todavía, una formulación relevante para el análisis de las democracias contemporáneas. Antes de pasar al análisis de las democracias contemporáneas. Antes de pasar al análisis de los textos de Weber, debo señalar que no intento, aquí, hacer un estudio exhaustivo de los escritos weberianos, cosa que ya ha sido hecha por muchos intérpretes y que, por lo tanto, resulta un tanto superflua. Lo que presento en las páginas que siguen es una reconstrucción de las bien conocidas idea de Weber sobre la democracia, con el fin de destacar aquellas que nos permitan entender la naturaleza de esta complicada forma de gobierno.

1. Supuestos: naturaleza humana y política

Como señalé ante, el punto de central de la interpretación aquí propuesta sobre la concepción weberiana de la democracia, descansa en la identificación de los supuestos de Weber sobre la política. Cualquier teoría de la democracia incluye, además de las condiciones sociológicas, económicas, etc., del desarrollo de la democracia, supuestos acerca de la condición humana y de la política. Son estos supuestos, siempre, los que determinan los límites de la democracia posible. De hecho, de los inicios de la modernidad a finales del siglo XIX, las críticas a la democracia tienen como denominador común la incapacidad de los “hombres” para cumplir con las exigencias de una forma de gobierno tan complicada, que incluye participación y responsabilidad de muchos actores; inclusive un defensor de la democracia directa como Rousseau, dudaba de la capacidad de los seres humanos para identificar los intereses y valores “correctos”. La concepción de la política que subyace a cualquier teoría de las formas de gobierno depende, también, de la opinión que se tenga sobre la “naturaleza humana”. La opinión optimista sobre la naturaleza humana usualmente es acompañada de una valoración también optimista de formas de gobierno que privilegian el aumento de la franquicia, participación y control sobre los que detentan el poder, y viceversa.

En el caso de Max Weber, como es bien sabido, una opinión en general negativa (o pesimista) acerca de la “condición humana” es uno de los factores principales en la producción de una concepción realista de la política, que la concibe como un conflicto permanente cuya causa fundamental es la búsqueda del poder político. Como Mommsen¹ ha señalado, Weber acepta y propone la total separación entre ética y política. Esta postura de Weber, que resulta escandalosa para los moralistas de la política, es resultado de dos importantes líneas temáticas presentes fundamentalmente en *Economía y Sociedad*. Una de ellas consiste en la importancia que para Weber tiene concebir a la sociología como una forma de conocimiento, que involucra necesariamente enunciados empíricos y teóricos, y no como una fuente de imperativos². La segunda “línea temática” incluye dos famosos temas weberianos (relacionados con la primera); por un lado, la necesidad que tiene el sociólogo, de distinguir entre ciencia y valores y, directamente relacionada, el bien conocido tema del desencantamiento del mundo.

Como bien se sabe, Weber niega la posibilidad de que la ciencia pueda resolver conflictos de valores³, basado en la concepción de que los valores derivan de “concepciones-del-mundo” que son necesariamente subjetivas, es decir, que no están sujetas a métodos de comprobación empírica como los usados por cualquier ciencia⁴. Esto no quiere decir que la discusión racional de valores es imposible; simplemente intenta refutar la tesis propuesta por varias corrientes de la filosofía decimonónica, que mantenían que la ciencia podía “justificar” elecciones tanto de fines como de medios. Como señalé antes, directamente relacionada es la tesis de que la “...intelectualización y racionalización crecientes...” [CV 199], propia de la modernidad, ha vaciado el mundo de la vida humana de cualquier significado firme e inmutable. El mundo moderno está, entonces, caracterizado tanto por un “desencanto” inevitable como por un “politeísmo de los valores”. A lo más que un individuo puede aspirar, en el dominio de los valores, es a reconocer las características de la “visión-del-mundo” que defiende y a actuar coherentemente con la misma. Hay profundas consecuencias existenciales de estos procesos que no podemos seguir aquí. Lo que nos importa son las consecuencias,

¹ Ver Mommsen 1989, 20-21.

² Esto queda claro en la definición original del objeto de estudio, presentada al inicio de ES: “debe entenderse por sociología ... una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos” [ES. 5].

³ CV 207 – 208.

⁴ Giddens [1971] 134-135.

para la política, de este análisis de la modernidad. En primer lugar, es claro que una concepción ético-normativa de la legitimidad, como las que mantienen hoy la mayoría de los “filósofos de la política”, simplemente carece de significado empírico y de relevancia política. Tales concepciones normativas de la legitimidad pueden ser vistas, desde una perspectiva weberiana, como racionalizaciones de doctrinas religiosas que, al igual que estas últimas, buscan encontrar algún significado en el mundo de la política⁵. Por qué este cambio en la concepción de la legitimidad? Porque, en primer lugar, el politeísmo de valores y la incapacidad de la ciencia para resolver tal tipo de problemas establecen una línea divisoria entre ética y política, y hacen de la política el reino del conflicto no sólo de valores, sino principalmente de intereses. La única manera de justificar esta visión de la política es recurriendo a la observación empírica. No hay justificación “racional” de la misma; es por ello que el status científico de la sociología es de gran importancia para la comprensión de las ideas de Weber sobre la política.

En palabras de Weber, “...the criterion of morality is not that of the politician...”⁶ y la razón fundamental aducida por Weber para defender este argumento es, simplemente, que el medio específico de la política, o sea la violencia legítima, impone a la acción política ciertos requerimientos que necesariamente se oponen a cualquier código de ética. No hay alternativa a la descripción de la concepción weberiana de la política como “realismo político”, incluyendo en esta concepción, como Norberto Bobbio ha propuesto, a las teorías que “...consideran al Estado, y la esfera del comportamiento político en general, pragmáticamente como relaciones de poder y dominación”⁷. Aun si, en el artículo del que tomo esta cita, Bobbio no menciona a Weber como parte de esta tradición, la definición parecer ser hecha teniendo en mente en especial a la obra de Weber. Solamente es necesario recordar la ampliamente citada definición de ‘política’ ofrecida en “La política como vocación”:

⁵ Está, claro, es una interpretación del pensamiento de Weber que, en mi opinión puede sustentarse en su artículo titulado “Religious rejections of the world and their directions”, (particularmente en el capítulo 5), publicado, en inglés, en Gerth and Mills, eds. *From Max Weber. Essays in Sociology*. 1946. Oxford, Oxford U.P.

⁶ Cita tomado de “*Suffrage and Democracy in Germany*”, en Weber, M. 1994 *Political Writings*. Cambridge U.P., traducción de “*Wahlrecht und Demokratie in Deutschland*”. El párrafo del que tomé esta cita no aparece en la traducción al español cuya ficha bibliográfica puede encontrarse en la “Bibliografía”.

⁷ Bobbio, N. [1987] “*Marx and the classics*”, in Bobbio, N. *Which Socialism*. Minneapolis, University of Minnesota Press, p. 181.

Política significará, pues, para nosotros, la aspiración (Streben) a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos estados o, dentro de un mismo Estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen [PV 84].

Es importante enfatizar dos elementos de la concepción weberiana de la política. Uno es su definición de 'poder', como la posibilidad de imponer la voluntad de una persona, aún en contra de resistencia. Esta concepción no puede estar más alejada de aquellas que ven al poder como una fuerza social. El segundo elemento es presentado por Weber en su primera y más amplia definición de la política como un concepto que "...abarca cualquier género de actividad directiva autónoma" [PV 82]. Esta concepción general de la política no es negativa, ni propone el rechazo de la actividad política; es simplemente una visión desencantada, que resulta de la "convicción metodológica" (si se me permite la expresión), de que los ideales sólo pueden ser relevantes si son formulados tomando en cuenta la descripción analítica más precisa posible de la realidad. En PG Weber escribió una frase que resume su aproximación general a la política: "Constituiría sin duda un autoengaño la idealización de las realidades de la vida" [PG 146].

2. La definición de 'democracia'

Teniendo esta realista y desencantada concepción de la política como supuesto, la Concepción weberiana de la democracia, sus condiciones y posibilidades, es predeciblemente muy distinta a la de las llamadas concepciones "clásicas", "antiguas" o "participativas". En primer lugar, es una concepción producida *ex parte principes*. En segundo lugar, está tomada en gran parte del análisis empírico. En tercer lugar —finalmente— fue elaborada contra el escenario de los problemas políticos de la república de Weimar, es decir, está altamente influenciada por un contexto político particular y, por lo tanto, es posible mantener que, en condiciones distintas, algunos de los elementos de la teoría podrían haber sido presentados en manera diferente.⁸

Aún si los elementos básicos de la concepción weberiana de la democracia se encuentran en ES y PV, hay otros textos útiles si se desea tener una reconstrucción más precisa de su propuesta. Probablemente el mejor lugar para encontrar una presentación clara y breve de la concepción que Max Weber tenía de la democracia sea su ar-

⁸ Sobre este punto, ver Mommse 1989, caps. 1 y 5.

título de 1918 titulado “El Socialismo”. En este texto, Weber presentó los puntos básicos de su concepción de la democracia. Antes que nada, una definición corta:

La palabra “democracia” puede tener múltiples significados. En sí misma significasimplemente que no existe ninguna disparidad formal de derechos políticos entre las diversas clases de la población [S 222].

La democracia es definida simplemente como el régimen político en el que todo el mundo es igual ante la ley. Para Weber, la discusión relevante en el tema de la democracia no consiste en la enumeración de principios democráticos (como querría la filosofía política normativista), sino en el análisis y la descripción de las condiciones de su funcionamiento. En consonancia con su concepción realista de la política, y siguiendo la obra de su alumno Rober Michels sobre elitismo, Weber distingue dos categorías básica de actores políticos: activos y pasivos [PG 157]. Como vimos en su definición de la política, está básicamente la actividad de liderazgo; “la mayoría”, “las masas”, en la descripción weberiana de la democracia tienen sólo un rol menor. En el mejor de los casos, como veremos, su rol es limitado a la aclamación del líder carismático. En el peor de los casos, la masificación de la política, la “política de la calle”, presenta un grave peligro derivado de su irracionalidad constitutiva [PG 160].

En la modernidad, la política democrática sólo puede ser la actividad de minorías organizadas. En un hecho empíricamente comprobable que son sólo minorías con intereses políticos particulares —que van desde la propuesta de un conjunto de principios hasta la cruda búsqueda del poder—, los actores activos en la política práctica. Weber no mantiene explícitamente la tesis de la inevitabilidad del gobierno de minorías, pero está implícita en su teoría de la burocratización [PG 159]. El factor crucial es el tamaño de las organizaciones (y de las sociedades)⁹. La democracia directa sólo puede ser puesta en práctica bajo circunstancias muy particulares: una condición, de acuerdo con Weber, es que la organización sea local o limitada en el número de sus miembros. Otra condición es la simplicidad y estabilidad de las funciones administrativas que tal organización deba llevar a cabo¹⁰. Las condiciones de las sociedades modernas, es decir, grandes Estados, diferenciación creciente, capitalismo, etc., presentan una complejidad tal, que sólo un grupo de oficiales especialmente entrena-

⁹ Ver, Dahl, R. 1998. *On Democracy*. New Haven, Yale U.P., cap. 9.

¹⁰ ES Cap. X.

dos puede administrarlas. La burocracia, entonces, se convierte en un actor fundamental de la política. Como Weber señala, la dominación en Estados modernos se ejerce, prácticamente, "... en el manejo diario de la administración..." y "...se encuentra necesariamente en manos de la burocracia, tanto militar como civil..." [PG 75].

La enseñanza de Weber debe ser claramente entendida: la política moderna, autoritaria o democrática, es sólo un asunto de minorías, y los problemas relevantes a discutir son aquellos relacionados con el reclutamiento, educación y control de tales minorías. Cualquier otra aproximación a las condiciones de la democracia moderna es, sencillamente, una pérdida de tiempo:

Porque no es a masa "pasiva" la que engendra de su seno al jefe, sino que es el jefe político el que gana a sus adeptos y conquista a la masa por medio de la "demagogia". Esto es así aún en el ordenamiento estatal más democrático" [PG 157].

La característica más importante de la concepción weberiana de la democracia es, entonces, el cambio en los términos de la discusión. La democracia es considerada una forma deseable de gobierno —y esto distingue a Weber de las posiciones de los elitistas italianos—, pero de manera "desencantada". Una concepción de la democracia que enfatiza los temas de la ciudadanía, la participación, los derechos, etc., simplemente ignora las "realidades de la vida", es decir, la manera en que los regímenes democráticos "realmente existentes" tienden a organizarse. Tal teoría simplemente normativa es peligrosa pues presenta expectativas imposibles de cumplir y, además, porque resulta una guía muy pobre a la hora de tomar decisiones. En "Socialismo", Weber presentó con claridad las condiciones de la democracia moderna:

La democracia tiene esta única elección: o ser administrada honoríficamente y con poco gasto por personas capacitadas, o bien ser administrada por personas que la ejercen a cambio de una retribución en calidad de funcionarios de planta" [S 223].

Lo que debemos discutir, si queremos discutir sobre la democracia y no sobre quimeras, son qué actores y fuerzas están involucrados en la lucha política y en la administración diaria de la democracia o, para decirlo con Weber, en el ejercicio real del poder político. En las siguientes dos secciones me ocuparé de los temas centrales de la concepción weberiana de la democracia. En primer lugar, la tensión entre especialización burocrática y responsabilidad. En segundo lugar, el conflicto entre el líder y el parlamento.

3. Burocracia y responsabilidad política

Como Gaetano Mosca había mostrado ya antes que Weber, ‘minorías’ dirigentes’ refiere a un conjunto complejo de individuos e instituciones, y no sólo a una minoría pequeña y homogénea que toma todas las decisiones. En la presentación de Weber, hay varios actores políticos básicos. De manera esquemática, los principales actores políticos de una democracia son: burocracia (incluyendo a los militares), líderes, partidos y grupos de presión [OG cap. V]. Las democracias contemporáneas, de acuerdo con Weber, enfrentan un enorme e inevitable riesgo: el desarrollo necesario —debido, como hemos visto, al aumento en el tamaño y complejidad de las sociedades contemporáneas— del poder burocrático. Weber vio como principal “problema” de la democracia el de cómo mantener las características positivas e innovadoras de la política en un mundo crecientemente dominado por “burócratas” con una cultura y capacidades particulares. El punto de Weber no es, como muchos comentaristas mantienen, cómo preservar algún tipo de libertad individual heroica en un mundo que gradualmente se convierte en una “jaula de hierro”. Este es un análisis cultural que, claramente, identifica un problema social causado por el desarrollo de la burocracia en la mayoría de las esferas de la vida social y es, sin duda, una consecuencia de la aparición de la sociedad de masas. Weber comparte la preocupación de Tocqueville y Nietzsche sobre este problema. Sin embargo, el problema específicamente político es distinto. El problema político es presentado por Weber, en términos contemporáneos, como la oposición entre política y administración, es decir, tecnocracia vs. gobierno “político”. En este dominio específico, Weber sostiene que los burócratas ni están preparados para, ni son capaces de, llevar a cabo con eficacia las tareas del liderazgo político. En breve, dos temas eran de especial importancia para nuestro autor, concernientes a la política moderna: en primer lugar, cómo es posible mantener el propio ejercicio de la política, bajo la creciente burocratización de las sociedades y, en segundo lugar, como preservar el espíritu de liderazgo” característico del político (y, en los negocios, del empresario) [PG 88-89]. Dos comentarios son necesarios antes de examinar los textos de Weber. Antes que nada y como ya he mencionado, estas reflexiones tienen como punto de partida un contexto político específico, en el que la necesidad de liderazgo era imperiosa. En segundo lugar, como Mommsen ha mostrado, el pensamiento de Weber presenta una “estructura antinómica”¹¹, lo que quiere decir que siempre desarrollaba sus temas a través de la oposición entre dos tipos ideales llevados a sus límites lógicos.

La realidad, claro, no está reproducida exactamente en el tipo puro de Weber (esto es imposible); son “guías heurísticas” en el análisis y descripción de la realidad.

La preeminencia de la burocracia se debe, en el tipo puro, a dos características: (1) especialización y (2) conocimiento, tanto teórico como de los “hechos particulares” de la administración pública [PG 106.107]. En una sociedad compleja, el gobierno (o dominio) por burócratas bien entrenados y competentes es simplemente una necesidad, no sólo porque si tal administración algunos de los servicios públicos básicos no podrían ser proveídos sino, y mucho más importante, porque sin tal administración el capitalismo simplemente no funciona. La ley y la administración racionales, en las palabras de Weber están “... en la conexión más íntima con el desarrollo del capitalismo moderno” [PG 77], debido a que el “fundamento interno básico” del capitalismo es el “cálculo”, y esto sólo puede ser logrado a través de un sistema racional y estable de ley y de administración. En pocas palabras, Weber presentó una imagen precisa de la necesidad que cualquier sociedad moderna y capitalista tiene de una burocracia eficiente. Esta necesidad, precisamente, es el hecho que presenta el más alto riesgo al funcionamiento adecuado de la democracia.

Weber establece una clara distinción entre las habilidades requeridas en un político y aquellas necesarias en un burócrata. Para nuestro autor, “Los políticos han de proporcionar a la burocracia el contrapeso” [PG 196]. ¿Por qué deben llevar a cabo los políticos esta labor de control (o, en inglés “check and balance”)? Antes de responder a la pregunta, otra diferencia con las concepciones “clásicas” de la democracia debe ser señalada: el problema tradicional del control y la limitación mutua de los poderes, así como el proceso que en inglés se domina “accountability”, que tanto para el Constitucionalismo como para la concepción jurídico-moral de la filosofía política se resuelve con el tema de la división de poderes, se transforman —en la argumentación— en un proceso de control mutuo entre políticos y burócratas.

Regresando a nuestra pregunta, la respuesta se encuentra en el hecho, ya mencionado, de que son los burócratas quienes controlan el conocimiento básico de la administración de la sociedad y ejercen el poder “diariamente”, en directo, con los gobernados. ¿Por qué no deberían, los burócratas, gobernar? La respuesta de Weber combina sus valores personales con sus observaciones empíricas. Los burócratas administran, pero carecen de la capacidad política para dirigir y gobernar. Trataré de reconstruir el, a veces ambiguo, argumento de Weber.

El punto central del argumento se encuentra —de nuevo— en la concepción weberiana de la política:

La esencia de toda política ... es lucha, conquista de aliados y de un séquito voluntario, y para ello, para ejercitarse en este arte difícil, la carrera administrativa no ofrece, en el estado autoritario, quierase o no, oportunidad alguna [PG 101]

La burocracia, de acuerdo con Weber, es capaz de dominar problemas especializados; burócratas eficientes muestran objetividad en el tratamiento de problemas administrativos con un profundo sentido del deber [PG 105]. Sin embargo, esto no es suficiente para gobernar. No debemos olvidar que los textos de Weber sobre política, y particularmente sobre la democracia, tienen como objetivo principal el desarrollo de la grandeza de Alemania (tal y como *El Príncipe* y los *Discorsi* tienen como principal objetivo la unificación y la grandeza de Italia)¹². En este contexto, Weber define al principal problema político de Alemania como el desarrollo de líderes políticos capaces de llevar a la actividad política la innovación y transformación necesarias, en contraste con la “mentalidad” [PGG 161] de burócratas, que enfatiza la obediencia y el comportamiento de acuerdo con reglas abstractas. Sin embargo, como Weber señalaba con claridad, se espera que burócratas de alto nivel sean capaces “...to make independent decisions and show organizational ability and initiative, not only in countless individual cases but also on larger issues” [PGG 160]¹³. El problema, entonces, no es simplemente relacionado con la “división del trabajo” —administración para el burócrata, innovación para el líder—, dado que ambos “tipos ideales” comparten algunas de las mismas capacidades. El problema Weber subrayaba, es uno de responsabilidad [PGG 160]. La responsabilidad del burócrata termina o con su superior, o con los deberes asignados por un conjunto de reglas y/o un código de procedimientos. Al contrario, el político, un verdadero líder político, tiene que aceptar.

¹²“Por sí mismos los cambios técnicos en la forma de gobernar no conducen a que una nación sea vigorosa, feliz o valiosa. Sólo pueden remover obstáculos técnicos, y, en ese sentido, se trata de meros medios para alcanzar determinado fin” [PG 63].

¹³En la traducción al español, falta una página entera, que sí aparece en la traducción inglesa, de publicación más reciente y de la que tomo esta cita. El texto es: “Parliament and Government in Germany under a new political order”, en *Political Writings* (ver Bibliografía). El ilegal paro de labores en la UNAM, mi lugar de trabajo, me ha impedido confrontar ambas ediciones con el original.

...full personal responsibility for one's cause [Sache] which is the consequence of such power [personal] — this is the very element in which the politician and the entrepreneur live and breathe [PGG161]¹⁴.

Weber señalaba el hecho de que sólo aquellos líderes que no están sujetos (y limitados) por una jerarquía de deberes o por códigos de conducta, son capaces de establecer un objetivo, así como el camino para que los estados de masas alcancen tal objetivo. Una vez que el gobierno de “notables” ha perdido toda posibilidad de funcionamiento, Weber vio, correctamente, la necesidad de controlar el cada vez mayor poder de la burocracia mediante la actuación de un líder responsable. Las tareas asignadas en este “tipo puro” de político al líder (político) indican cuáles son las áreas en las que la especialización técnica de un burócrata simplemente no es suficiente (si se quiere, claro, desarrollar un gran Estado):

...la dirección de la burocracia, que le asigna sus tareas, ha de resolver por supuesto continuamente problemas políticos: problemas de poder y culturales. Y el controlar la enesa función constituye la tarea primera y fundamental del parlamento. Y no son solamente las tareas atribuidas a las instancias centrales superiores las que pueden revestir importancia política y requerir soluciones inspiradas en puntos de vista políticos, sino que puede ser así, igualmente, en relación con cualquier cuestión particular, por muy técnica que sea, de las instancias subordinadas [PG 106].

Los políticos deben atender, como muestra este párrafo: 1] la dirección general del Estado y 2] las luchas y conflictos por el poder. Esto quiere decir que ni las líneas básicas de la política pública [PG 107], ni los objetivos del estado deben ser establecidos por especialistas técnicos, y la razón ya ha sido presentada: en el “tipo puro”, pero también en la realidad, burócratas no toman responsabilidad por las acciones que tienen que ver con los objetivos y políticas centrales al desarrollo y estabilidad del Estado.

Además, y probablemente más importante para la estabilidad de un país, son los políticos, entrenados en la lucha política, quienes que están mejor preparados para resolver los problemas producidos por conflictos en la lucha por el poder (sean políticos o económicos), que son sumamente peligrosos para la estabilidad social. En pocas palabras, para Weber es clara la enorme necesidad, para la estabilidad y desarrollo de un

¹⁴Ver nota previa.

“gran país”, de líderes políticos responsable. Sin embargo, Weber no se engañaba y reconocía el gran riesgo de una victoria final, en la lucha por el poder, de la burocracia:

En unión con la máquina muerta, la viva trabaja en forjar el molde de aquella servidumbre del futuro a la que tal vez los hombres se ven algún día obligados a someterse impotentes, como los fellahs del antiguo estado egipcio, si una administración buena desde el punto de vista puramente técnico —y esto significa una administración y un aprovisionamiento racionales por medio de funcionarios— llega a representar para ellos el valor supremo y único que haya de decidir acerca de la forma de dirección de sus asuntos. Porque esto lo hace la burocracia incomparablemente mejor que cualquier otra estructura de poder [PG 87]

La obra de Weber, entre otros factores (aunque abría de decir que una interpretación limitada de la misma), abrió el camino a la legitimidad de la tecnocracia en este siglo¹⁵, es decir, a la aceptación de que es indispensable el gobierno de los técnicos y los especialistas. La promesa de la tecnocracia consiste, en pocas palabras, en obtener la cancelación de los conflictos políticos mediante la eficaz administración de la “cosa pública”¹⁶. Sin embargo, como el propio Weber señala, algo “falta” en aquellos casos en los que simplemente burócratas gobiernan. De hecho, y en contra de las pretensiones de los defensores de la tecnocracia, se puede argumentar (aunque para probarlo empíricamente habría que hacer una investigación particular), que la mayoría de los regímenes exitosos¹⁷ de este siglo (democráticos o no), han sido regímenes gobernados no por especialistas, sino por líderes políticos con experiencia, formados en la lucha política cotidiana.¹⁸

¹⁵ A pesar de que es uno de los temas clásicos de la filosofía política, cuyas formulaciones originales aparecen en *La República* de Platón.

¹⁶ “The historical coherence that defines technocratic thought is a deep-seated animosity toward politics —particularly democratic politics— coupled with an unswerving commitment to scientific decision making”. Fischer, F. *Technocracy and the Politics of Expertise*. London, Sage Publications, 1990, p. 21.

¹⁷ Es decir, aquellos que se han mantenido con estabilidad y desarrollo económico por largo tiempo.

¹⁸ Si hacemos una breve revisión de la carrera política y/o de los orígenes de los actuales Presidentes o Primeros Ministros de los países desarrollados (a los que consideraré aquí regímenes exitosos), nos podremos dar cuenta de que la mayoría caen dentro de la categoría de los que Weber llama “políticos”. Es necesario, una vez más, recordar aquí que Weber propuso tipos ideales (puros); en la práctica tenemos sólo tipos mixtos (“reales”) y, por tanto, sólo aproximaciones. Sin embargo, podemos reconocer que tales líderes no son producto simplemente de una carrera burocrática. Algunos, como el Presidente de Francia, Jacques Chirac, han sido educados en instituciones cuyo principal objetivo es formar élites

El punto central, identificado correctamente por Weber, es que la labor de los políticos es, por así decirlo, *señalar el camino*. Esto es, proponer a la sociedad un conjunto de principios y de procedimientos para poner en práctica tales principios, que [a] establezcan, con la mayor claridad posible, la dirección que la sociedad va a tomar y [b] estipulen los límites de lo posible y de lo aceptable para tal sociedad. La labor del político, entonces, no es la de proponer soluciones a problemas concretos, sino la de señalar los valores y las metas que la sociedad se debe plantear. Es en este sentido en el que Schumpeter produce las consecuencias necesarias de la argumentación de Weber: la democracia se convierte en un mercado político en el que los partidos y, principalmente, sus líderes, propone lineamientos y principios generales del sentido de la vida pública. En las democracias de masas modernas, entonces, el político vencedor de las elecciones establece un pacto tácito con la sociedad que lo ha elegido, no para cumplir todas las promesas particulares hechas durante la campaña¹⁹, sino para promover el cambio social o la conservación del *status quo* (según sea el caso) bajo los principios y valores que ha propuesto. Esta es, para Weber, la tarea propia de un político y de ahí que la responsabilidad sea el valor fundamental que nuestro autor asigna a los políticos. Responsabilidad respecto de la visión general planteada, no de los procesos particulares de las políticas públicas. Para Weber es claro que la cultura del político sólo se puede desarrollar en la práctica política democrática, esto es, en la lucha por la obtención del poder mediante la competencia legal y pacífica con otras fuerzas políticas (entre partidos), y no a través del desarrollo de una carrera burocrática eficaz.

El análisis de Weber, de nuevo, es sólo un tipo ideal; no hay nada, en principio, que impida que un especialista en economía, o en urbanismo, por ejemplo, tenga además experiencia y visión de estado. El punto de Weber es que, lamentablemente, esto no sucede con frecuencia y las razones de ello han sido ya expuestas. Un ejemplo contemporáneo puede ser el caso de México en los últimos diez años. Como ha sido ampliamente documentado²⁰, de 1986 hasta la fecha, México padeció un proceso de reforma política, que tuvo como una de sus características principales el progresivo aumento

administrativas; sin embargo, Chirac tiene una larga carrera política (ha sido Primer Ministro y Alcalde de París) que complementa su carrera burocrática.

¹⁹ Esto es, no tiene necesariamente que aumentar o reducir impuestos, o fundar escuelas, o mejorar el servicio médico, aunque estos procesos, sin duda, cuentan a la hora de la reelección.

²⁰ Ver Lustig, N. 1998. *México. The Remaking of an Economy*. Second edition. Washintong, Brookings Institution Press, parte II.

de la influencia de líderes cuya formación política fue resultado de una carrera burocrática. El último Presidente de México que tuvo algún cargo de elección popular antes de acceder a la Presidencia fue Gustavo Díaz Ordaz, que gobernó de 1964 a 1970. De la administración de Luis Echeverría (1970 – 1976) en adelante, Presidentes y Secretarios de Estado han sido producto, cada vez en mayor número, de carreras estrictamente burocráticas. Ejemplos claros de este proceso han sido los Presidentes Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo. El ejemplo pertinente es la crisis económica de diciembre de 1994. Brevemente, la administración del Presidente Salinas, en un intento por lograr algún aumento en la tasa de crecimiento económico, luego de tres años de estancamiento, y en vistas de la importancia que tal crecimiento tendría en el año de la elección presidencial más competida en la historia del país inició, desde el año 93, la venta de bonos del gobierno denominados en pesos pero pagaderos en dólares. Las explicaciones de lo que sucedió durante 1994 son varias y dependen de la perspectiva ideológica de quien las presente; el hecho es que, probablemente a causa de acontecimientos políticos conocidos por todos (asesinatos políticos, así como la espectacular aparición de una guerrilla), inversionistas nacionales y extranjeros dejaron de invertir en bonos de deuda del gobierno mexicano y, con ello, produjeron un déficit en la cuenta corriente que, a finales de 1994, fue imposible mantener. Lo ocurrido a continuación es también del dominio público: una gravísima devaluación que produjo la peor crisis económica en la historia del régimen post-revolucionario, con una enorme caída en el producto interno bruto y, con ello, en el nivel de vida de la gran mayoría de la población.

Es en casos de crisis social tan profunda como la anterior, en los que el problema de la responsabilidad de quien toma las decisiones resulta crucial. La reacción de la nueva administración (del Presidente Zedillo) fue, simplemente, culpar a otros. En primer lugar, culpar a la anterior administración (de la que el nuevo Presidente y la mayoría de los nuevos secretarios habían formado parte) y, en segundo lugar, culpar al mercado global y a los nuevos mecanismos de intermediación financiera, que permiten a inversionistas actuar con mucha mayor rapidez; su actitud, entonces, fue consonante con lo que Weber llamaría la “cultura del burócrata”. Es decir, nunca se aceptó —claramente— la responsabilidad por tan grave crisis, ni se propusieron medidas para paliar el efecto de la devastación económica sobre el bienestar de la población, ni se intentó repartir el peso de la crisis de manera más o menos equitativa. La solución, luego de dos intentos fallidos por parte de la administración del Presidente Zedillo por contro-

lar la crisis, vino del gobierno de los Estados Unidos (en contra de la oposición del Congreso estadounidense y de la comunidad financiera internacional).²¹

No quiero decir, con esto, que la explicación de un proceso tal complejo como la crisis mexicana de 1994 pueda centrarse, primordialmente, en la dialéctica líderes-burocracia. Lo que sí deseo señalar es que si adoptamos, con Weber, la importancia de los políticos y de la política, así como de la cultura del liderazgo que la política produce, podremos entender (en parte) las diferencias entre buen y mal gobierno, así como —más importante— las diferencias entre regímenes exitosos y regímenes en crisis constante. No hay que olvidar que el objetivo de las reflexiones de Weber sobre la política era eminentemente normativo; la grandeza de Alemania y, como uno de los medios, el buen desempeño de la esfera de la política. Gaetano Mosca señalaba, más o menos al mismo tiempo que Weber, que la principal herencia que un estadista puede hacer a un país, es dejar en funcionamiento un sistema de circulación de élites que produzca líderes capaces y responsables. Weber deseaba enfatizar el mismo punto: uno de los criterios del bueno gobierno y de la “buena salud” de un Estado, consiste en identificar qué tipo de líderes tiene (y produce) tal Estado. Como veremos en el apartado siguiente, la cultura política del líder se desarrolla en la lucha política, cuya arena natural, en una democracia, es el Parlamento.

Puede parecer anacrónico plantear, en una época de pluralismo político y complejidad creciente, en la que cada vez hay más actores involucrados en procesos de toma de decisión sobre cuestiones públicas, la responsabilidad de unas cuántas personas por las consecuencias de procesos sumamente complejos, como un punto de vista interesante para el análisis de la política. Esta posición supone, además, la centralidad de la política; es decir, la idea de que en el ámbito propio de la actividad política se siguen tomando la mayoría de las decisiones vinculantes básicas en una sociedad. Ambos temas (responsabilidad de líderes y centralidad de la política), pueden parecer simplemente parte de las “viejas ideas” de la tradición política europea. Sin embargo, el hecho es que, tanto desde el punto de vista jurídico, como desde el punto de vista estrictamente político²², los líderes políticos están aún encargados de tomar las decisiones cruciales y, además, es en la esfera de la política en la que se sigue estableciendo los límites de lo que cada sociedad considera como posible y deseable. Es decir, aún

²¹ Esta, claro, es sólo una interpretación de un proceso muy complicado, que sólo puede ser fundamentada

²² Entendido —en pocas palabras— como ejercicio del poder, es decir, como posibilidad de imponer la voluntad propia y de influir en las acciones de los demás.

cuando el mercado sea el mecanismo inevitable en el establecimiento de precios, producción y circulación de bienes, es en el ámbito de la política en el que se definen los principios y límites de la acción del mercado. La lucha por el libre mercado es, claramente, una lucha política. Una manera sencilla de comprobar, en los hechos, la importancia de la política y la centralidad de los líderes, es reconocer el enorme esfuerzo que todo tipo de grupos de presión hacen por lograr que algún líder político escuche sus puntos de vista y, en el mejor de los casos, caiga bajo su influencia. Los Estados Unidos son el ejemplo claro y radical de este proceso, pero es necesario reconocer que de ninguna manera es privativo de los americanos (basta pensar en Japón e Italia, por ejemplo).

4. Liderazgo y actividad parlamentaria.

La alternativa que Weber propone al gobierno por burócratas es, evidentemente, el gobierno de un líder carismático apoyado por el parlamento. Entraré brevemente en la descripción que hace Weber del liderazgo demagógico, pues es, para nuestro autor, la característica central (básica) de las democracias contemporáneas.

Es ampliamente conocido que dos temas dominan el análisis weberiano de la democracia parlamentaria, dos temas que no podrían estar más lejos de la concepción de la democracia presentada por la tradición "clásica": "cesarismo" y demagogia.

Democratización y demagogia van juntas. Pero independientemente ... de la clase de constitución estatal, y en la medida en que las masas ya no se tratan como objeto puramente pasivo de administración, sino que su actitud se toma de algún modo en consideración [PG 148].

Antes que nada, es necesario señalar que la referencia hecha aquí a la "falta de pasividad" de las "llamadas masas", no debe ser entendida como una contradicción flagrante con la opinión de Weber citada antes, en la que nuestro autor sostenía que las "masas" son uno de los actores políticos "pasivos". Weber reaccionaba a dos diferentes, pero igualmente equivocadas, concepciones del rol político que juegan las masas. Las "masas" no son, ni una fuente del liderazgo, ni, como algunos conservadores creen, objetos pasivos de control. La estructura antinómica del pensamiento de Weber refleja las paradojas de la realidad contemporánea: la política no es hecha por la mayoría pero, al mismo tiempo, no se puede hacer sin tomarla en consideración. Esta no es,

como una interpretación simplista mantendría, una contradicción, sino el reconocimiento de la complejidad de la vida política contemporánea. Aún si la política es —siempre— una actividad de minorías, el inevitable acceso de las mayorías a la vida política a través tanto de la extensión del sufragio como del desarrollo de las organizaciones populares (como los sindicatos), ha transformado profundamente la política; este proceso es claramente presentado por Weber en PG:

La importancia de la democratización activa de las masas reside en que el jefe político ya no es proclamado candidato en virtud del reconocimiento de sus méritos en el círculo de una capa de honorarios, para convertirse luego en jefe, por el hecho de sobresalir en el parlamento, sino que consigue la confianza y la fe de las mismas masas, y su poder como consecuencia, con medios de la demagogia de masas. Por su carácter, esto representa un cambio cesarístico en la selección de los jefes. Y efectivamente, toda democracia, tiende a ello [PG 149-150].

Cesarismo es la forma política particular que el tipo puro de dominación carismática toma en una democracia de masas. Este tipo de dominación es la respuesta weberiana a la dominación de la “máquina”. La dominación carismática tiene una fuerza revolucionaria²³, cuando se enfrenta con algún tipo de orden tradicional. Además —y probablemente más importante para los propósitos de Weber—, la dominación carismática es irracional “...en cuanto fuera de los común y extracotidiana...” [ES 195], lo que la hace completamente opuesta a la dominación racional-burocrática. Esta característica de la dominación carismática le permite romper completamente con la base del poder de la burocracia y abre el camino para la innovación y el cambio.

Sin embargo, debe quedar claro que, aún si en el tipo puro de político profesional la “ética de la responsabilidad” aparece como un elemento básico, es un “hecho de la vida” que un líder no limitado puede comportarse de manera totalmente irresponsable. La irracionalidad y la irresponsabilidad han probado ser —particularmente en Alemania— características desastrosas de líderes carismáticos. Es en este punto en el que una institución de la democracia (representativa, más no “directa” o “participativa”), tiene un rol muy importante. Los parlamentos, para Weber, tienen dos funciones principales: la producción de líderes y el control tanto de líderes como de burócratas. De la misma manera en la que los líderes políticos tienen que “controlar y balancear”

²³ Ver. ES, cap. III. Dado que la tipología weberiana de dominación es bien conocida, no presentar una reconstrucción del tipo ideal de dominación carismática.

el trabajo de los burócratas, los parlamentos tienen que controlar las acciones de los políticos profesionales, principalmente cuando se han convertido en líderes verdaderamente carismáticos. Weber enumeró explícitamente las funciones controladoras de los parlamentos. Los parlamentos garantizan la “estabilidad” y la “naturaleza controlada” de la posición de poder de un líder. También proveen la “preservación de salvaguardias legales” contra las acciones de éste último, una forma ordenada de probar sus capacidades de liderazgo y, más importante para la estabilidad social y política, “...una forma pacífica de eliminación del dictador cesarístico una vez que ha perdido la confianza de las masas” [PG 151]

En efecto, en cuanto órgano de control de la burocracia y de la publicidad administrativa, como medio de eliminación funcionarios superiores incompetentes, como lugar de fijación del presupuesto y como elemento donde puedan lograrse compromisos entre partidos, el parlamento también es imprescindible en las democracias electivas [PG 156].

Es imposible, ante la evidencia proveída por el párrafo apenas citado, mantener que Weber no era un “liberal”²⁴. Weber estaba claramente preocupado por el mantenimiento y protección de los derechos individuales, así como por el control que, necesariamente, debe ejercerse sobre líderes políticos y burócratas, ambos temas clásicos del pensamiento liberal. Lo que Weber deseaba enfatizar en el terreno de las condiciones generales de la democracia contemporánea era la necesidad de reconocer aquellas características de la vida moderna —aumento en el tamaño y complejidad de las sociedades, individualismo, capitalismo, masificación, entre otros—, que imponen restricciones al funcionamiento de una forma de gobierno que involucra a la mayoría de los habitantes adultos de un país. En término hegeliano, hay ciertas “determinaciones” de la modernidad que hacen a los principios clásicos de la teoría de la democracia liberal²⁵ totalmente inadecuados, tanto como herramientas del conocimiento, como guías prácticas para la organización del Estado. Como ha señalado una aguda comentarista de la obra de Weber,

²⁴ Para un ejemplo reciente de esta crítica equivocada, ver Slagstad 1988, 125.

²⁵ Sin duda, es muy impreciso hablar de cosas tales como un “modelo clásico” de la democracia. No obstante, es posible mencionar ciertas características consideradas, aún hoy, como elementos básicos de una concepción de la democracia que Weber no aceptaría: participación ciudadana, democracia como gobierno autónomo (“para el pueblo y por el pueblo”), y el mecanismo de la división de poderes como suficiente para controlar a los gobernantes, principalmente.

La democracia aparece entonces como técnica de organización del consenso, de selección del liderazgo y de fortalecimiento del gobierno "político" frente al gobierno administrativo ... La democracia no es la forma de gobierno que se erige contra el ejercicio "alineado" del poder, sino una de las formas típicas a través de las cuales un poder deviene válida: la forma más adecuada frente a la inevitabilidad del sufragio universal y la comparecencia de organizaciones de masa²⁶.

La democracia, bajo condiciones modernas, entonces, es fundamentalmente un método para la selección de líderes. Esta conclusión schumpeteriana está presente, sin duda, en los escritos de Weber sobre el tema. Weber enfatizó la imposibilidad de que una asamblea grande, como las que existen en cualquier democracia parlamentaria, pudiese alguna vez gobernar. El gobierno siempre estará en manos de una minoría, y lo más que un Estado democrático puede hacer es controlar a aquellos que gobiernan y producir líderes responsables²⁷. Es claro que la democracia no es una forma de gobierno sencilla; es sumamente compleja y, para funcionar correctamente (es decir, de manera tal que produzca sociedades estables y ricas, que era la aspiración de Weber para Alemania), debe combinar exitosamente un líder carismático pero responsable, una burocracia leal y eficiente y un parlamento con poder suficiente para controlar a los dos actores ya mencionados. Además, masas prudentes y no muy irracionales son necesarias, así como empresarios arriesgados e innovadores. En pocas palabras, instituciones, individuos y principios políticos son indispensable para que una democracia funciones.

5. Conclusiones. Las posibilidades de la democracia.

De la reflexión weberiana se desprende la importancia de partidos e instituciones (ahora revaluadas por la ciencia política) en la construcción de un orden político de-

²⁶ Rabotnikof 1989, 196.

²⁷ "En efecto, la amplia masa de los diputados en su conjunto sólo funge como séquito del líder, o de los pocos de ellos que forman al gabinete, y les obedece ciegamente mientras tienen éxito. Y así debe ser. Domina siempre la actividad política el principio del "pequeño número", esto es, la superior capacidad de maniobra de los pequeños grupos dirigentes. Este rasgo "cesarístico" es imposible de eliminar (en los estados de masas)" [PG 102].

mocrático. Si, como vimos en el apartado anterior, el liderazgo político es, además de inevitable, crucial para el buen funcionamiento de la política, igualmente importantes son las instituciones. Weber, en efecto, señala simplemente a partidos y parlamento (el poder legislativo, en general) como las instituciones centrales de la democracia. Esto es, para nosotros, una limitación pues ahora sabemos que el número de los “grupos de interés” o “de presión” involucrados en la arena política es mucho mayor; no obstante, tal limitación es sólo histórica y no cancela la tesis básica de la teoría. Es importante, sin embargo, analizar con detenimiento la relación entre líderes e instituciones. A diferencia del análisis institucional contemporáneo, que enfatiza —correctamente, sin duda— la importancia de las instituciones en la estabilidad y buen desempeño de las democracias, pero que en muchos casos no da cuenta del proceso de formación de las mismas, para Weber es claro que las instituciones son, a su vez, producto de la actividad política de los líderes. Esto es, la importancia de liderazgo político es crucial en la construcción de cualquier tipo de instituciones políticas, pero más aún en el caso de instituciones tan complejas como las democráticas. Una vez establecidas las instituciones, y una vez socializados la mayoría de los actores políticos al interior de la cultura política democrática, el funcionamiento de las mismas es mucho más sencillo, y la necesidad de liderazgo innovador resulta mucho menos evidente²⁸. Esta necesidad aparece con mayor claridad, de nuevo, en el caso que a Weber preocupaba. Es, en efecto, el estado de crisis permanente de la República de Weimar lo que provoca muchas de las opiniones excesivamente pesimistas acerca de las masas y excesivamente optimistas acerca de los líderes y de las instituciones, presentes en los textos políticos de Weber. Es evidente que, además de brillantes análisis políticos, los escritos sobre política de Weber (con excepción, claro, de los publicados en *Economía y Sociedad*) incluyen urgentes llamados a la cordura y racionalidad de los actores políticos fundamentales de la corta y accidentada vida de la República de Weimar.

Aún aceptando que en los análisis de Weber sobre la democracia hay excesos retóricos y limitaciones tanto en el aparato conceptual como en la descripción de la misma, estos defectos son menores comparados con su extraordinaria capacidad de definir los

²⁸ De cualquier modo, es interesante notar cómo en algunos casos, el liderazgo es indispensable. Un ejemplo más o menos reciente (Abril de 1997) puede encontrarse en la política norteamericana. El Presidente Clinton de los Estados Unidos se vio forzado a reclutar el apoyo del antiguo líder del Senado Norteamericano, Robert Dole, ya retirado, para convencer a la mayoría de los senadores republicanos de votar a favor del tratado de eliminación de armas nucleares. Sin el apoyo de Dole, es muy probable que el tratado no hubiese sido aprobado, con desastrosas consecuencias para la política exterior norteamericana.

puntos centrales de una discusión relevante sobre la democracia. Como Weber dejar ver, claramente, en sus textos sobre la democracia, el camino de la misma es difícil, inestable y siempre abierto a complicaciones. La democracia es inevitable en el mundo moderno (cosa que ya sabía Tocqueville), y esta certidumbre impide a Weber proponer soluciones anti-democráticas (además de su profunda convicción liberal); no obstante, esta convicción acerca de la necesidad de la democracia no impedía que Weber se diera cuenta de que su funcionamiento es extremadamente complejo. Sin líderes capaces y sin instituciones eficaces, la democracia necesariamente producirá resultados mediocres, en el mejor de los casos, y francamente malos, en el peor, con la lamentable consecuencia de que la legitimidad de regímenes democráticos, en este último caso, siempre será contestada. No es sorprendente, desde una perspectiva weberiana, que tan pocos países puedan ser considerados, hoy, democráticos, ni que sea tan difícil, para la mayoría de los Estados contemporáneos, desarrollar una versión eficaz del gobierno democrático. Weber nos insta a pensar la democracia de manera responsable, sin ilusiones utópicas pero con el conocimiento firme de lo que es posible alcanzar o, en otras palabras, Weber nos pide que reconozcamos los límites que la modernidad impone a la democracia posible. Weber nos invita, entonces, a pensar en la democracia como una manera de obtener paz y estabilidad, y nos hace también pensar en los peligros de la democracia, particularmente en tres peligros que, a mi entender, siguen presentes en el análisis de las democracias contemporáneas: la demagogia, el dominio tecnocrático (burocrático diría Weber) y la irresponsabilidad de los líderes. A pesar de estos tres graves riesgos, y en contra de la opinión dominante en la época, Weber tenía confianza en las posibilidades y en la productividad de la democracia y esto es algo que uno no debe olvidar. Sólo que, para que la democracia funcione, resulta indispensable la combinación de factores; algún grado de desarrollo para evitar la pobreza y, con ello, terreno fértil para el desarrollo de demagogos. Algunos líderes virtuosos que transformen al parlamento de sólo una arena de lucha, en una "escuela de líderes", capaces tanto de contrarrestar el poder de la burocracia, como neutralizar la inevitable irresponsabilidad de muchos dirigentes políticos. Para nuestro autor, el gran peligro de la democracia reside, precisamente, en su enorme complejidad.

Es necesario revisar, desde esta perspectiva, una consideración crítica que se impone. Ciertamente, se podría argumentar, el análisis de Weber es útil, pero para la democracia liberal y representativa *moderna*, no para la situación política propia de lo que mucha gente llama la "posmodernidad". En otras palabras, en este nuevo ambiente, en el que se ha roto el monopolio de los partidos sobre la representación y la práctica de la

política, en el que la defensa de intereses tanto individuales, sino de grupos particulares, resulta más importante, en el que la influencia y la capacidad de acción de los Estados nacionales se ha reducido y en el que la información electrónica permite a casi cualquier ciudadano escapar a los controles tradicionales de los gobiernos, ¿tiene sentido aún el análisis de Weber?

Como el amable elector se podrá imaginar, mi respuesta es positiva y paso a explicar por qué. Es necesario reconocer que, a partir del final de los años sesenta podemos encontrar, fundamentalmente en la democracias de países occidentales desarrolladas, características políticas y culturales más o menos novedosas tales como la crítica a las grandes narrativas (a las ideologías), la intensificación del individualismo, la renovación del relativismo así como, en el terreno político, la erosión relativa de la capacidad de acción del Estado y de la capacidad de representación de los partidos, que tienen como su contraparte la aparición de demandas particulares y de “movimientos sociales”. En el discurso académico, el surgimiento, muchas veces exagerado en la teoría, de la sociedad civil considerada como actor crucial del cambio y la protesta, es sintomático de los cambios antes señalados. No obstante, es necesario señalar que aún la presencia innegable de estos nuevos procesos no cambio radicalmente la “situación política de la modernidad”, y ello por las razones que siguen. En primer lugar, es necesario reconocer, como ha señalado Agnes Heller, que la

... posmodernidad (incluyendo a la condición política posmoderna) no es una nuevaera. La posmodernidad es en todo sentido ‘parasitaria’ respecto de la modernidad; vive y se alimenta de sus éxitos y dilemas. Lo que es nuevo en la situación es la novedosa conciencia histórica desarrollada en la ‘post-historia’, el sentimiento de que estaremos permanentemente en el presente y, al mismo tiempo, después de él²⁹.

Si esto es así, entonces no debería quedar duda de que los análisis de la política “moderna” son útiles para entender la “condición política posmoderna”. Esto queda aún más claro si atendemos a las características sobresalientes de ésta última. Siguiendo el análisis de la profesora Heller, podemos encontrar tales características: ruptura de la narrativa de la secularización, relativismo moral y de principios, preponderancia de movimientos frente a partidos y, finalmente, erosión de la racionalidad de la política. Esto último, crucial, debido a la cancelación o de la política de las grandes narrati-

²⁹ Heller 1988, 11.

vas (de las grandes ideologías) o de la política del interés. En su lugar, aparece la política de la defensa de reivindicaciones parciales, ligadas en la mayoría de los casos a la identidad de los grupos y por lo tanto, las más de las veces, innegociables. Lo que encontramos en la llamada “condición política posmoderna” es, en última instancia, un rechazo de la política y de sus ideologías clásicas, y una reivindicación de la defensa de identidades particulares. Como otro estudioso del posmodernismo ha señalado, el posmodernismo “...ataca simultáneamente toda macropolítica tradicional...”, ya que “...rechaza las metanarrativas en las que toda la macropolítica ... clásicamente se sostenía”³⁰. Es por ello que rechaza toda política propia de la modernidad; de acuerdo al mismo análisis,

El miedo a la representación, al poder, y a una realidad social totalmente dominada por el capitalismo, han llevado a los teóricos posmodernos hacia las tácticas de la micropolítica, dejando el terreno de la macropolítica al enemigo³¹.

Si aceptamos esta descripción de lo que Heller ha llamado la “condición política posmoderna”, podemos ver la relevancia, quizá aún mayor que para la política moderna, de los análisis de Weber sobre la democracia. La política posmoderna, como vimos, presenta un grado de racionalidad menor, no está sujeta, por definición, a la solución de intereses de poder, pero tampoco está ligada a las grandes ideologías de los dos últimos siglos. Al contrario, se ocupa de reivindicaciones particulares, muchas veces no negociables y, por lo tanto, irracionales, en la medida en que carecen de lógica política (apuestan al “todo o nada”, a la anarquía), lo que hace el funcionamiento de la política democrática y representativa —el horizonte necesario de la política posmoderna— sumamente difícil y complejo. Aún más, este tipo de política aumenta las oportunidades de acción de demagogos y de líderes irresponsables y con ello agudiza los que para Weber son riesgos propios de la democracia representativa y liberal. Podemos sostener, entonces, que es precisamente en la circunstancia de una vida política mucho más compleja, menos organizada y más proclive al disenso que resulta útil precisar los riesgos de *toda democracia posible* y, siguiendo los consejos de Weber, evitar al ascenso de demagogos, de líderes cuyo objetivo fundamental es aprovechar, oportunísticamente, las demandas del momento sin que les importen demasiado ni

³⁰ Berthens 1995, 189.

³¹ Berthens 1995, 199.

principios ni programas. Es hoy cuando resulta más importante establecer, en la práctica parlamentaria, una verdadera “escuela de estadistas”, que ponga un límite a las fuerzas centrípetas propias a la condición política posmoderna. Las enseñanzas de Weber, entonces, siguen siendo tan vigentes como hace 70 años.

La gran enseñanza de Weber sobre la democracia es doble. Por un lado, la precisión acerca de qué actores y qué procesos son claves en su estudio —líderes, burocracia, partidos, búsqueda del poder, responsabilidad, etc. — y, por otro, la convicción acerca de los límites de lo posible en una democracia. En efecto, si algo muestra la teoría de la democracia de Weber es que la combinación entre análisis empírico o, mejor, tomado de la experiencia, con una visión desencantada de la naturaleza humana es crucial para entender qué tipo de régimen puede ser la democracia. Para el gran sociólogo alemán, la democracia no es ni una vía para la emancipación, ni una manera de realizar el potencial de los seres humanos, ni siquiera un medio para obtener la justicia social. La democracia, para Weber, es sólo (pero ya es bastante) una forma de gobierno y un método para la selección de gobernantes, necesaria (inevitable) bajo las condiciones de la modernidad y que, cuando funciona bien, permite estabilidad y libertad. Este minimalismo democrático, que a tantos normativistas parece insuficiente, ha probado, con el tiempo ser la perspectiva que más frutos ha dado en lo que a paz y bienestar se refiere (como los ejemplos de Europa occidental y Estados Unidos muestran) y es la única perspectiva útil para quienes vivimos en países que desean obtener, precisamente, paz y bienestar. La enseñanza de Weber, entonces, frente a radicalismos de todo tipo, es que la limitación de expectativas produce, a la larga, los mejores resultados, cuando de democracia se trata.

Bibliografía

- Beetham, D. 1985. *Max Weber and the Theory of Modern Politics*. Oxford, Polity Press.
- Berthens, Hans. 1995. *The idea of the Postmodern*. London, Routledge.
- Giddens, Anthony. 1971. *Capitalism and Modern Social Theory*. Cambridge UP
- Grafstein, R. 1981. “The Failure of Weber’s Conception of Legitimacy: Its Causes and Implications”, in *Journal of Politics*. 43, pp. 456-472.
- Heller, A. Y Fehér, F. 1988. *The Postmodern Political Condition*. New York, Columbia University Press.

-
- Rabotnikof, N. 1989 *Max Weber: desencanto, política y democracia*. México, UNAM.
- Serrano, E. 1994. *Legitimación y Racionalización*. Barcelona, Anthropos. Cap. I.
- Mommsen, W. 1989. *The Political and Social Theory of Max Weber*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Slagstad, R. 1988. "liberal Constitutionalism and its Critics: Carl Schmitt and Max Weber", in *Constitutionalism and Democracy*. Elster, J. And Slagstad, R. Eds. Cambridge UP.
- Weber, Max. 1984. *El Político y el científico*. Madrid, Alianza Editorial.
ab—"La ciencia como vocación" [CV]
ab—"La política como vocación" [PV]
- Weber, Max. 1984. *Escritos políticos*. 2 vols. México, Folios.
ab—"Parlamento y gobierno en Alemania" [PG]
ab—"El Socialismo" [S]
- Weber, Max. 1964. *Economía y Sociedad*. 2 vols. México, FCE. [ES]
- Weber, Max. 1994. *Political Writings*. Cambridge, Cambridge U.P.r